

Thomas B.
Reverdy

CLÍMAX

Traducción de M.^a Dolores Torres París

Título original: *Climax*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Flammarion, Paris, 2021

© de la traducción: M.^a Dolores Torres París, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-948-3

Depósito legal: M. 15.378-2022

Printed in Spain

Para Marine, Camille y Louis

Todos los animales de la tierra sentirán temor y miedo ante vosotros: las aves del cielo, las bestias salvajes, los animales que se arrastran por el suelo y los peces del mar. Todos estarán bajo vuestro dominio. Todo lo que se mueve y tiene vida os servirá de alimento. Todo os lo doy como os he dado la hierba verde.

Génesis 9, 2-3

I

Our time is a time deprived of silence and secrets;
in their absence no legends can grow.

WALTER LJUNGQUIST, *Källan*, 1961, citado en
inglés por Anna von Hauswolff en la
promoción de su álbum *The Miraculous*.

«El nuestro es un tiempo privado de silencio y de secretos;
en su ausencia, ninguna leyenda puede surgir.»

1

9 de septiembre

No es exactamente una ciudad, sino más bien un pueblecito de pescadores con casas de una sola planta de madera pintada de vivos colores, cobijadas en la boca de un brazo de mar que se hunde como una lengua, como si fuese la desembocadura de un río, aunque no haya río, solo montañas rodeando esa lengua de agua salada que se adentra en las tierras ramificándose en complejos meandros; solo montañas y el glaciar, en el fondo del valle, que cae en ese falso estuario. Uno de esos fiordos que se llenan de bruma en invierno, al norte de Tromsø y del círculo polar ártico, donde la noche dura casi tres meses. Es una especie de pueblecito marinero que se ha ido extendiendo en los últimos años porque su canal tenía fondo y se construyó en la otra orilla un moderno puerto comercial con edificios y muelles de carga y descarga, rompeolas e inmensos tanques de hormigón; uno de los principales puertos de arcoil, el petróleo del Ártico, después de los de los rusos en Siberia, siguiendo el ejemplo de Myrkenes, en la frontera, en vista de que el paso del Noreste promete abrirse permanentemente en verano al derretirse el hielo marino.

Entre la banquisa costera y este lugar, el pack de gruñidores y hielo a la deriva que antaño aprisionaba los grandes navíos de las expediciones, transformando poco a poco el océano Ártico, al filo del invierno, en un glaciar flotante y terrible

recorrido por grietas, conchostas, icebergs y crestas de compresión levantadas como montañas, el dédalo de hielos que antes solo daba un respiro de aguas abiertas en verano, el monstruo que se tragó tantos héroes, ahora solo se congela unos meses al año, por encima de Siberia, más al este. El hallazgo de un yacimiento petrolífero a la altura de las islas, que en días despejados puede verse en el horizonte, ha acelerado aún más las cosas.

El pueblo ha crecido. La orilla moderna ha crecido. Ahí es donde el helicóptero amarillo y rojo del servicio de salvamento marítimo acaba de depositar a un joven trabajador ruso de la plataforma, amarrado con cinchas a una camilla, protegido por una manta isotérmica hasta la nariz, junto con otros dos cuerpos metidos en grandes bolsas negras cerradas con cremallera, como si fueran equipos de camping o de pesca, también en sendas camillas: no se transportan cadáveres a pulso, aunque una de las dos bolsas, en honor a la verdad, solo esté llena de trozos de cuerpo, y no los suficientes como para reconstruirlo en su totalidad cual criatura del doctor Frankenstein, porque entre los escombros de la pasarela casi totalmente destruida lo único que se había encontrado era el torso del hombre, cuyas piernas, pelvis y uno de los brazos habían sido arrancados de cuajo en la caída del asta del pozo petrolífero a través de la estructura, de modo que en la bolsa mortuoria solo quedaban juntos la cabeza y el tronco, con el abdomen seccionado como el de un gusano, vaciado y desparrramado por debajo de las costillas, y las vértebras arrancadas de la pelvis sobresaliendo como una cola de huesos y astillas embadurnadas de sangre.

Antes de sumirse en la inconsciencia, el joven seguía preguntando en el helicóptero por sus compañeros, y nadie había tenido el valor de responderle. Se había producido lo que en la jerga petrolera se conoce como *kick*, «un culatazo». Una

sacudida de presión. Una efusión de los gases en la columna de perforación compuesta de tubos de acero ensamblados, engarzados entre sí, que perforan la corteza terrestre y se hunden en sus profundidades como una larga probóscide de abeja para succionar la miel petrolífera. Las víctimas eran los chicos que, tres mil metros más arriba, bajo la torre de perforación, montaban la sarta de varillas mientras la perforadora seguía hundiéndose. Las tensiones que se ejercían allí arriba, al final de aquella larga paja de acero, eran inauditas. En el momento del culatazo, les había explotado literalmente entre las manos. Has tenido suerte, Yuri, se limitaron a decirle. Al parecer se llama Yuri, está escrito en ruso en su tarjeta de identificación profesional, en la que también consta su grupo sanguíneo y su edad: veinticuatro años. Cargo: ninguno. Es un simple obrero. Carne de cañón. Esclavo del arcoil. En todas partes, incluso en África, frente a las costas de Angola o de Nigeria, las empresas europeas o estadounidenses aplican normas de seguridad draconianas que reivindican los sindicatos, pero aquí los rusos, que dirigen el cotarro, han vuelto a las condiciones de explotación minera que imperaban al este de los Urales. O lo que es lo mismo: *Germinal*.

El estado del joven reviste gravedad. Tiene la clavícula derecha aplastada y el omóplato hendido; la mandíbula fracturada le deforma el rostro, el chico está irreconocible; el húmero se ha partido por varias partes y las costillas, hundidas, se han astillado. Es lo más preocupante porque ha escupido sangre, quizá tenga afectados los pulmones, tal vez perforados o parcialmente desgarrados por un hueso convertido en arpón. Sale del helicóptero a la plataforma despejada delante del hospital, en su camilla, ya con oxígeno, y todo el mundo grita a su alrededor, el médico de urgencias ya está transmitiendo a su equipo los datos vitales que ha podido registrar y que serán muy valiosos, dentro de unos minutos, en el quirófano.

Los médicos hablan rápido, pronuncian palabras como *traumatismo* o *hematoma subdural*, intercambian historias de presión sanguínea en la bóveda craneana y de riesgos de hemorragia en los pulmones; discuten si hay que abrir primero aquí o allí para solucionar lo más urgente, tratar de salvarle el ojo, y el resto... El resto, ya veremos; el hombro, el brazo, el fémur o la cadera pueden esperar, se harán las radiografías en el quirófano una vez que esté a salvo. Tardarán lo que haga falta, pueden darse con un canto en los dientes si lo salvan, será como un domingo de bricolaje: clavos, tornillos, placas de refuerzo y varillas, pero antes tienen que hacerse una idea de todos los lugares por donde se le escapa la vida y repararlos uno a uno por orden de urgencia, porque, salvo un milagro, Yuri debería morir esta mañana sin celebrar su vigesimoquinto cumpleaños. Los médicos lo saben. Todo el mundo lo sabe. Basta con ver la mezcla de precipitación y meticulosidad que rodea la camilla para comprender que va a morir.

Ya se ha corrido la voz en la ciudad. Todo el mundo ha oído la sirena y han visto ir y venir el helicóptero amarillo y rojo de salvamento marítimo. Todo el mundo sabe que ha habido un accidente, que se ha saldado con muertos y al menos un herido grave. En estado crítico, dicen. Anoche, comentan algunos que se despertaron, sintieron una sacudida, o tal vez solo fue un presentimiento. En el fondo del fiordo, en lo alto de las montañas, el glaciar sufrió algún tipo de corrimiento del terreno o un temblor de tierra. Todo el mundo sabe ya que va a ser un día largo. Y solo es el primero.

A veces no hace falta mucho, un simple accidente, un grano de arena en el frágil equilibrio de los días, para que todo se desmorone sin avisar. Basta con casi nada. El tiempo fluye desde hace mucho tiempo. Los segundos se suman a los segundos. Nadie piensa en ello. Y luego, de pronto, es como si

hubiera uno de más. Sin embargo, ese segundo no es distinto a los otros, solo es un grano de arena más, pero, de repente, como en un reloj de arena, todo el montón se desliza y se desmorona y se derrumba bajo él.

Y es el fin del mundo.